

que me levantó era esta en construcciones de cemento armado. Con la experiencia de la firma F. H. Schmidt y bajo el cielo profesional de Edmundo Romero, un ingeniero mendocino, soporté triunfal el temblor del 17 de abril de 1927. Mientras muchas antiguas casas de adobe habían sucumbido bajo el impacto, yo estaba aquí, aquí mismo donde todavía estoy, y cerré la boca para siempre a los escépticos y abrí airoso la puerta del futuro.

Y desde esta esquina de Sarmiento y San Martín, he sido testigo del crecimiento de la ciudad; de la multiplicación de los habitantes; de la llegada de los letreros luminosos; de cuando trepidó el tranvía y de cuando se fue; de cuando estuvo la garita y de cuando fue remplazada por los semáforos; de cuando las chicas usaban sombrero y hombreras; de cuando se atrevieron a ir al centro con pantalones! y la minifalda... ¡guau! de la bella que se atravesaba al pasar por la esquina de "Alcafe": los requiebros llovían como el papel picado en carnaval.

Y aparte de ser el primer rascacielos, fui, sí señor, la primera galería comercial. Si bien al principio mis locales internos se convirtieron en adustas oficinas de negocios, con el tiempo la gente se habituó a entrar y recorrer mis galerías. Un motivo de atracción lo constituían al principio mis hermosos vitrales importados de Francia. Simétricos, perfectos, la luz se reparte maravillosamente entre el colorido de sus infinitas guardas, caprichosas volutas, exóticos arabescos y clásicas guirnaldas. Hoy, casi nadie mira hacia arriba, excepto algún curioso prodigioso que tiene el tiempo suculento para elevar su cámara y tomar un retrato de mi magnífica cúpula.

Después, la gente se veía obligada a entrar a mi interior porque durante mucho tiempo hubo aquí una sucursal del correo, y también un bar al paso que se llamaba "El Nihuil".

Sobre "9 de Julio", donde ahora hay una tienda, existió el café "Puerto Rico", obligado sitio de reunión de los hombres de negocios de la época, y donde las damas tenían implícitamente obstaculizada la entrada.

Al principio no tuve los kioscos que hoy ocupan las galerías de entrada por San Martín y de la entrada por Sarmiento, y más espaciosos corredores sirvieron alguna vez para dar buen contorno a una exposición industrial. Sí yo fui testigo de acontecimientos alegres unos, tristes otros, triviales los más, importantes para quien los protagonizara, pero perdidos en la bruma de la historia cotidiana.

Por ejemplo, durante los años nuevos, la inquieta chiquillada solía hacer estallar en mi interior sus cohetes y petardos, que sonaban como bombas por el eco que producían mis muros y el techo abovedado. Y también, cuando sucedían encuentros entre las fuerzas policiales y los temerarios estudiantes, durante las huelgas del 44 y otras anteriores y posteriores, los jóvenes de entonces —la mayoría hoy destacados profesionales o empresarios— se refugiaban en mis corredores. Por entonces "los patrulleros" iban a caballo, y se les tornaba un poco dificultoso penetrar al pasaje en sus cabal-



En mis galerías siempre hubo pintorescos personajes, como éste a quien usted seguramente conoce.



Mi nombre grabado en el muro. Abajo, las iniciales de mi antiguo dueño, EG (Escorihuela Gascón); los redondos balconcitos, más arriba, completan un conjunto de señorial belleza.



Ellos, los modernos rascacielos, me miran de reojo, pero me respetan.



De de los policromos vitrales se multiplican los ecos de los bulliciosos comercios.